



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

CARLOS ERNESTO GALVIS FORERO

LA CASA DE LAS RUNCHAS Y EL DÍA DE LA CRUZ

CUENTOS

BOGOTÁ

2022

ANEXO 1:

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:

Magister en escritura Creativa

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

“La casa de las Runchas” y “El día de la cruz”

3. SI AUTORIZO **NO AUTORIZO**

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como enredos de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, *“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”*, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Carlos Ernesto Galvis Forero

Documento de Identidad:

Cédula de Ciudadanía 1076621753 Tabio

Firma:

Carlos E Galvis F.

ANEXO 2

FORMATO DESCRIPCIÓN

TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

| Apellidos | Nombres |
|---------------|----------------|
| Galvis Forero | Carlos Ernesto |

DIRECTOR (ES)

| Apellidos | Nombres |
|----------------------|------------------|
| Esquivel González | Gloria Susana |

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: “La Casa de las Runchas” y “El día de la cruz

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 38 páginas

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones 2 Mapas Retratos Tablas, gráficos y diagramas
Planos Láminas Fotografías

MATERIAL ANEXO
(Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: Minutos.

Sistema: Americano NTSC Europeo PAL SECAM

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado:

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

| ESPAÑOL | INGLES |
|-------------------|------------------|
| <i>Cuentos</i> | <i>Stories</i> |
| <i>Oralidad</i> | <i>Orality</i> |
| <i>Ficción</i> | <i>Fiction</i> |
| <i>Tradicción</i> | <i>Tradition</i> |

RESUMEN:

“La casa de las runchas” y “El día de la Cruz” son dos cuentos que el autor presenta como muestra escritural de un proyecto personal que transita entre la oralidad y el lenguaje poético.

En “La casa de las Runchas” las mujeres saben cómo poner en orden las cosas, están conscientes de su rol en esa comunidad rural de mediados del siglo XX y esa consciencia les permite revertir ese orden con valor y osadía. Madre e hija de “La casa de las runchas” atesoran información ancestral y popular que ocupan en el momento de defender lo suyo, además, buscan tener unas voces potentes que, al no soportar más el silenciamiento, estallan. Este cuento explora del ejercicio del poder desde una cuestión de género en el espacio local y doméstico. Este interés por el poder es también un interés por el afecto, por el equilibrio que desconocen los adultos entre autoridad y maltrato.

En “El día de la cruz” se evidencia un interés por los aspectos tradicionales y morales de la religión católica, que permean las estructuras familiares y las relaciones de afecto. El estribillo que resuena a través del cuento recrea la forma misma de las oraciones católicas y el misterio latente de los secretos y la muerte. Las imágenes del cuento son réplicas de altares y pasajes bíblicos escritos desde la ironía, mirando de frente la doble moral de una religión que habla del amor al prójimo pero que produce intolerantes y faltos de compasión.

ABSTRACT:

“La casa de las runchas” and “El día de la Cruz” are two tales that the author presents as a scriptural sample of a personal project that move in between orality and poetic language.

According to the tale “La casa de las Runchas”, the women know how to put things right, they are aware of their role in that rural community in the mid-twentieth century and that awareness allows them to reverse that order with courage and daring. Mother and daughter of “La casa de las runchas”, women who, treasure ancestral and popular information that they took at the time of defending what was theirs, seek to have powerful voices, as they can no longer stand to be silenced, they flare up. This tale explores the power exercise from a gender perspective in the local and domestic setting. This interest in power is also a concern for affection, and a unknown balance between authority and abuse.

Regarding an interest in the traditional and moral aspects of the Catholic religion is evident in the tale “El día de la Cruz”, which permeate family structures and relationships of affection. The refrain that resonates throughout the tale recreates the very form of catholic prayers, the latent secrets mystery and death. The images of the tale are replicas of altars and biblical passages written from irony, The tale faces the double standards of a religion that talks about love of one’s neighbor, but produces intolerant and uncompassionate people.

DICEN LAS MALAS LENGUAS

Estos cuentos empezaron a escribirse hace 22 años cuando mi abuela Teo me llevó a visitar a un hermano que agonizaba por una llaga abierta que le carcomía toda la pierna derecha. Su esposa Alicia nos llevó a la habitación que apestaba por la herida que se pudría. El viejito se revolcaba de dolor en una de las dos camas sencillas ubicadas paralelas entre sí. Junto a él se sentó su esposa mientras que nosotros, con la abuela, nos sentamos en la otra cama.

Alicia empezó a contar lo difícil que era el cuidado de la herida y lo agotador que era vivir tan lejos en medio de potreros. Pero, además, le contó a la abuelita el colmo de todos sus males: una bruja había estado azotando el maizal todas esas noches que habían pasado en duerme vela por el dolor de la herida. Algunas veces, dijo, la bruja se paraba sobre el techo para burlarse a carcajadas de sus desgracias, luego brincaba de cuerda en cuerda por todas las cercas para desorientar al que se atreviera a buscarla.

Alicia terminó diciendo que, la noche anterior, habían puesto en una esquina de la finca un montón de sal, una madeja de hilo enredado y unas tijeras puestas en cruz y que, por la mañana, había aparecido enredado un pájaro jediondo de feo al que habían matado a golpes y quemado para darle fin a las angustias nocturnas que atraía la bruja.

Con esa historia, la voz de Alicia encontró un lugar importante en mi mente e inundó un lugar distante en mi imaginación. Esa voz, como un tsunami, arrastró hacia mí pedacitos de imágenes que llegaron incompletas. Gracias a esa experiencia me volví un coleccionista de voces y de imágenes y las fui guardando sin saber para qué o qué hacer con ellas.

Camino a casa fui imaginando a la bruja: parí su imagen desde las palabras, pensé en mujer y le salieron plumas. La bruja narrada por Alicia nunca fue una mentira, entre señoras la palabra es sagrada, se sella con una cruz sobre la boca. La oralidad se quedó junto a las voces entre mis intereses escriturales, los dichos y refranes nunca fueron atajos para esquivar la reflexión o la argumentación, por el contrario, los considero espacios públicos cargados de sabiduría. Además, estas frases en medio de la charla también son formas de acentuación e intencionalidad en la narración, un “quien soy yo para juzgarlos” es también un punto final y “ni más faltaba” es un signo de acentuación y un punto aparte.

Las voces que me interesaron fueron a dar en el lugar que mi propia voz había querido ceder al silencio. Era un niño dislábico que no podía pronunciar la erre y no me gustaba dormir solo, pero logré habitar mi cabeza con esas voces que nadie más escuchaba como yo lo hacía. La voz narradora de “La casa de las runchas” está inspirada en esa dislalia que me acompañó por casi doce años. Mejor aún, el silencio de la narradora está inspirado en mi dislalia. Del mismo modo, también bebe de la voz de una tía tartamuda con la que crecí y a la que se le enreda un poco más la lengua cuando está de mal genio, y también en José María Caballero Llanos personaje que, a lo largo de la novela de Juan Álvarez *La ruidosa marcha de los mudos*, habita un silencio contemplativo. “Lo mudo lo sacó de mucha de la fiesta del mundo”, dice el narrador en la novela de Álvarez y pienso que este estar fuera, viéndolo todo pero sin ser participe, o siendo participe pero sin estar adentro lo condujo “... a contemplar de pie y despierto, cosas que apenas podía acomodar en la testa”. Así, la niña de las runchas, José María Caballero y yo, coincidimos en la dificultad que tenemos al tratar de acomodar nuestros pensamientos o de decidir qué hacer con ellos.

Seguí abrazando la oralidad con determinación al leer *Hasta no verte Jesús Mío* de Elena Poniatowska y *El hijo de mil hombres* de Valter Hugo Maê, en los cuales las imágenes se siguen construyendo con palabras, pero también las voces, su originalidad e incluso su ritmo.

Cuando descubrí que ningún otro niño de la familia conocía la historia de la bruja, le empecé a pegar bolitas de papel seda para colorearla y terminé creando nuevas historias que atesoraba en mi silencio de niño dislálico. La bruja se volvió incontenible, aleteaba para escapar de ese silencio terco de una infancia frágil. Las ganas de contar la bruja y ponerla a volar sobre el árbol de feijoa fueron más efectivas que el arequipe en el paladar superior y una vez contada la primera historia ya no quise dejar de contarlas. Si bien, muchas de esas historias llegaron como un chisme, y un chisme se cuenta rápido y con frases cortas, estos cuentos no son chismes, son más amplios. Apelé a la imaginación para completar lo que los susurros no dejaron decir.

Seguí acompañando a mi abuela y a mi madre, escuchando e imaginando y deseando contar historias. Mi interés escritural encontró su primer espacio en el teatro, allí llegué a acurrucarme para esconderme de mis inseguridades. Escribí un par de obras de teatro escolar y descubrí el monólogo *Ni mierda pa'l perro* de la agrupación teatral Ditirambo de Bogotá. De nuevo, sentí cómo me habitaba la voz de una mujer campesina que, esta vez desde la ficción, trabajaba y hacía oficio mientras, entre risas y desconsuelos, nos contaba su historia de vida. De nuevo la oralidad apareció convertida en performance y yo quise hacer algo parecido.

Al entrar a la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, tenía claro que quería escribir las voces de esas mujeres del pueblo, que entraban y salían de las casas de mis abuelas truequeando la cosecha de la temporada y contándose los últimos chismes y rumores del pueblo. “Dicen las malas lenguas y la mía repite”, empezaban diciendo cuando iban a soltar uno y yo paraba oreja. Las escuchaba tan intensamente que, solo escuchándolas, veía lo que decían, lo

olía, me imaginaba en medio de la situación y disfrutaba con ellas. Pero sabía que necesitaba otro contenedor para esa masa que había crecido en reposo dentro de mi imaginación: ni chisme ni dramaturgia eran ya contenedores para esas historias.

Con “La casa de las runchas” y “El día de la cruz” decidí elegir el cuento como forma idónea para reelaborar estos rumores que rondaban en mi cabeza. Estos cuentos son acerca de mis abuelas y también sobre mi infancia. Mejor aún, son dos cuentos que reúnen lo que inventé de mis abuelas y que escuché durante mi infancia. Ficcione los rumores de mi pueblo, que en gran medida eran ficción, y, debo y quiero decirlo, con la orientación paciente de mis maestros, en especial de Gloria Susana, los convertí en estos cuentos que buscan seguir amasando el lenguaje desde lo escrito y también desde la oralidad.

La estructura del cuento se instaló al leer las historias cotidianas y cercanas de una argentina que deshila narraciones como si fueran un secreto al oído: Hebe Uhart. Otra influencia a la hora de escribir estos cuentos fue *El libro del tedio* de José Ardila quien escudriñó, como yo, en las familias y los espacios que habitan una cotidianidad casi inmóvil que asfixia o estalla.

Tengo la intención de seguir escribiendo más cuentos sobre ese pueblo godo, machista, clasista y homofóbico en el que crecí, con la idea de desdibujar su historia y, a fuerza de ficciones, volverlo un lugar al que quiera volver algún día. Escribir es volver siempre y rehacer. Esto lo aprendí durante la elaboración de este trabajo final de grado que ha sido expuesto a una labor constante de escritura y reescritura durante los últimos dos años, tiempo que ha servido para escribir reflexionando, escribir borrando y escribir leyendo.

En “La casa de las runchas” me interesa explorar el ejercicio del poder desde una cuestión de género, no solo en el ámbito político local, sino también en el espacio doméstico, expresado en

la historia misma, pero también en la forma como se alternan la voz que habla y la voz que calla. Este interés por el poder es también un interés por el afecto, por el equilibrio que desconocen los adultos entre autoridad y maltrato. De ahí que Madre busque ofrecer amor de maneras tan impersonales. En esta falta de afecto hay de nuevo un encuentro con Elena Poniatowska, quien narra a su protagonista como una niña que desconocía el cariño: “mi papá hacía lo que yo quería. Cuando era chiquilla, me consentía mucho pero no era cariñoso. Nosotros no supimos de cariños, de apapachos de cosas así, no”. El amor y el cariño entre padres e hijos se vuelve, entonces, en una forma de ejercer el poder, de mantenerse distante y, por lo tanto, de resguardar la autoridad que legitima su posición en la familia.

En “La casa de las runchas” las mujeres saben cómo poner en orden las cosas, están conscientes de su rol en esa comunidad rural de mediados del siglo XX y esa consciencia les permite revertir ese orden con valor y osadía. Estas personas que, en palabras de Eduardo Galeano o de Francia Márquez, son nadies que saben cosas que nadie más sabe. Y no solo las saben con su mente, sino también con su cuerpo. Atesoran información ancestral y popular que ocupan en el momento de defender lo suyo. Como lo plantea la escritora Laura Ortíz Gómez en su libro de cuentos *Sofoco*, por medio de la creación de personajes que habitan lo poético y lo tradicional de manera fluida y maravillosa, Madre e hija de “La casa de las runchas” buscan tener unas voces potentes que, al no soportar más el silenciamiento, estallan.

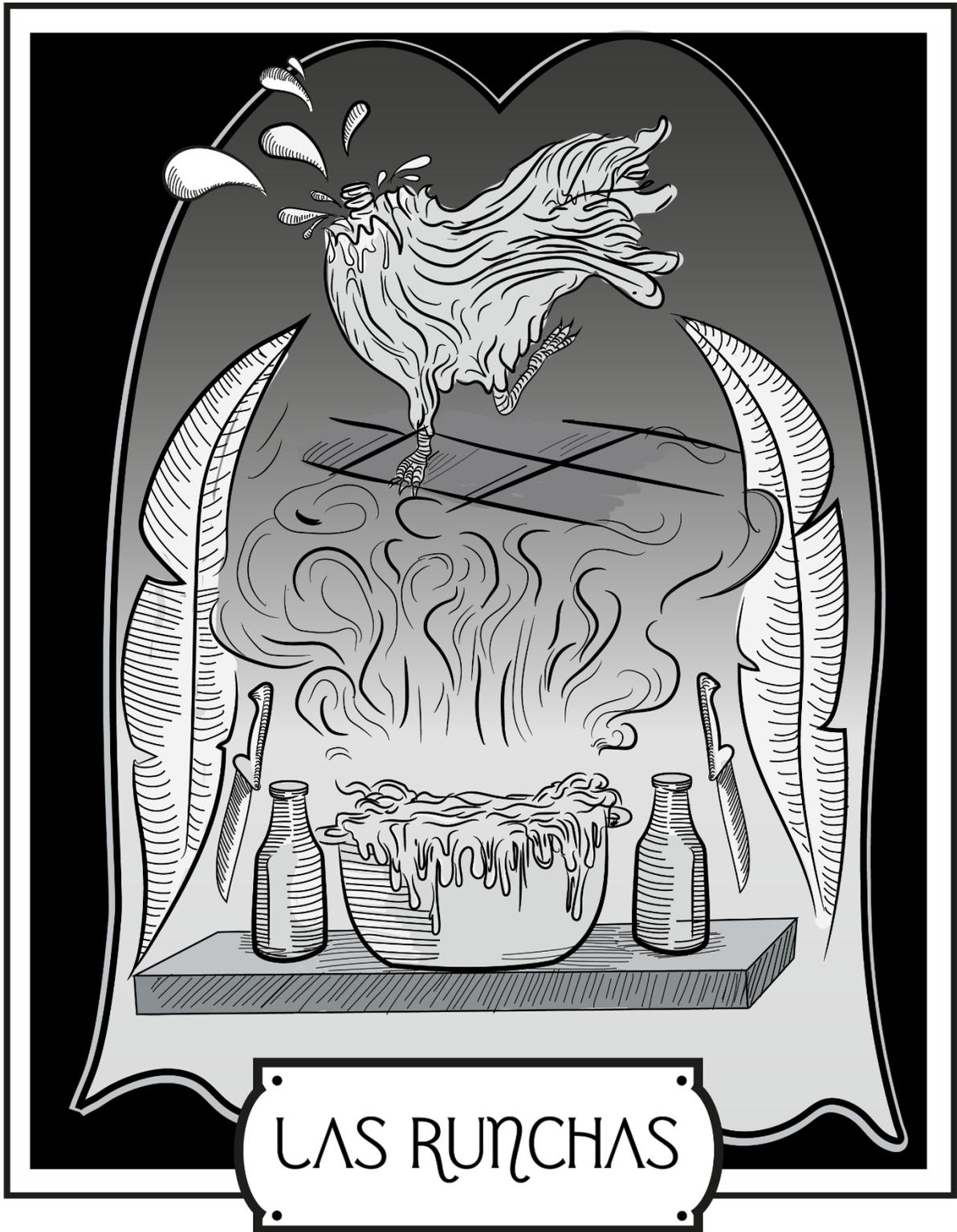
Así se pone al descubierto otro de mis intereses en este proyecto escritural: el de proyectar voces que, en la historia oficial y dentro de la literatura, no tienen resonancia, o la tienen desde lugares de opresión o burla. También en este interés encontré un conflicto propio: me interesaba revisar esas voces femeninas de ese pueblo machista en el que crecí, pero no quería hacer historiografía o novela histórica. Tampoco quería darle voz a nadie, porque estas mujeres ya tenían una voz y

la habían proyectado antes. Solo quería sacar esas voces fuera de mi mente y dejarlas imprimirse en algo diferente a un recuerdo.

En “El día de la cruz” me interesé por los aspectos tradicionales y morales de la religión católica, que permean las estructuras familiares y las relaciones de afecto y aceptación. El estribillo que resuena a través del cuento recrea la forma misma de las oraciones católicas y el misterio latente de los secretos y la muerte. Las imágenes del cuento son réplicas de altares y pasajes bíblicos que escuché en las muchas misas que acompañé a mis abuelas, solo que, escritos desde la ironía, mirando de frente esa doble moral de una religión que habla del amor al prójimo pero que produce en masa intolerantes y faltos de compasión.

Estos dos años de escritura me han permitido reflexionar sobre el lenguaje como diálogo entre lo que se dice y cómo se dice. De ahí que la forma de recuperar estas voces que, por tanto tiempo, habitaron mi cabeza sea un desmenuce de esos susurros imperceptibles o afanados que me permitieron imaginar un proyecto que péndula entre la oralidad y la escritura y quiere seguir creciendo con otros cuentos.

Quiero agradecer de manera especial a Jorge Andrés Muñetón @munekun_ y a Hanna Yael Fonseca @Yael_3f por leer y crear las ilustraciones que acompañan los cuentos.



LAS RUNCHAS

LA CASA DE LAS RUNCHAS

Esta madrugada no había terminado de cantar el gallo y a mí ya me estaban despertando las malas noticias ¡Qué suerte la mía! Estaba fundida cuando escuché los golpecitos en la ventana que me hicieron saltar del susto y, ¡qué susto el que me pegué! A esa hora las únicas que están en vela son las ánimas penando entre la neblina y los sueños. Solo los perros las reconocen y por eso aúllan en manada alentándolas al descanso, pero ellas no escuchan, siguen el camino y los aullidos las acompañan a lo lejos.

Esta vez era Gerardo, el policía y, aunque los golpecitos a esa hora y la mala noticia me pusieron nerviosa, no me cogieron por sorpresa. Ya yo veía venir las malas nuevas. Todas estas noches las vengo pasando sin poder dormir tranquila, recostada en el quicio de la puerta en una sola soñadera y, ¡qué sueños tan amargos!

En el primero, estaba nadando en medio de un pozo. Todo estaba oscuro y yo chapaleaba agua con los brazos para intentar mantenerme a flote, cada vez más afanada pues me daba cuenta de que esas aguas estaban podridas. Mejor dicho, tenía la mierda hasta el cuello y, si no nadaba, aunque fuera como los perros, me iba a terminar hundiendo. Desperté pataleando en la cama.

En otro sueño, perseguía una gallina que no paraba de revolotear por toda la casa. Iba sin cabeza, dejando un rastro de sangre por donde brincaba. Parecía estar escribiendo con letra cursiva y yo, que nunca aprendí a leer, me quedé sin saber qué quería decir.

Hubo otro sueño: estaba preparando la chicha en una casa que no es esta pero que yo sentía como si fuera mía. Al batir el fermento empezaron a flotar pedazos de hueso. Eran las canillas del alguien, puro hueso de muerto.

Mire, hija, yo le digo una de las cosas, los sueños nos hablan, cada sueño es un mensaje y una puerta. Dios nos ampare, hija, pero esos sueños que he tenido solo anuncian tragedias. Así son las cosas. No, señora, no me haga esa cara. Yo sé muy bien que no debería estar agüereando tan temprano, pero así soy yo, cuando me meto a la cocina soy una sola pensadera.

La escucho hablar mientras pelo la calabaza. La escucho, como siempre, con la cabeza agachada, con la atención repartida entre ella y los oficios, pendiente a cumplir las órdenes que me da y a anticiparme a las que vienen para evitar los coscorróns.

Madre dice que vivo en otro mundo, que parezco atembada, pero yo siempre estoy aquí, al lado de ella. Para mí no hay otro mundo, solo esta casa y este silencio que es solo mío, mi propia decisión, mi refugio.

Desde que arrió ese pedazo de alcalde, viejo godo y degenerado, han cerrado cuanta chichería se les cruce por el camino. Va con ínfulas de civilizador queriéndonos volver una copia de la capital. Como si quisiéramos parecernos a la ciudad. Como si en el pueblo no tuviéramos suficientes problemas.

¡Bendita sea la suerte que se nos avecina y maldito el viejo salchichón que nos llegó por alcalde!

Abro la boca solamente pa' decir sí y pa' decir no. Lo meramente necesario. Antes de hacerlo me embucho una bocanada de aire que me llega hasta la panza. Tomo fuerza y escupo las

palabras, de a pocos, como si fuera una bola de pelos. Las palabras raspan. De tanto silencio se me está cerrando el guargüero.

No es que siempre haya sido tartamuda. Las palabras me quedaron titiritando en la punta de la lengua después de la juetera que me dio Madre el día que me encontró en la litera amasando animalitos de caca.

Era una niña, una niña chiquita, y era mi caca, no le estaba haciendo mal a nadie, pero Madre, tan brava como siempre, tan fuerte como siempre, tan grande como siempre, me agarró de las mechas, me empelotó sobre la alberca y me lavó a punta de agua fría. Cada totumada caía helada, filosa, mientras Madre me masacraba a golpes con ramas de ortiga. Ese día me partí en pedacitos y en pedacitos empecé a hablar.

*¡Lo que me faltaba! El fogón que no quiere prender y yo con este afán que me lleva el diablo.
¡Ay, Diosito! Yo sé que sumercé lindo no ahorca, sino que aprieta, pero deme un respinito a ver si sobrevivo al mediodía.*

Madre maldice y reza a la par, como si la rabia le fuera a prender el fogón. Voltea bocabajo el balde del carbón a ver si se encuentra con un milagro, pero ambas sabemos que no va a encontrar nada. Hace más de un mes que no hay para comprar carbón y no hemos vuelto a subir al monte por leña.

Es que nosotras tras de cotudas con paperas.

He escuchado esta misma queja tantas veces que puedo repetirla sin equivocarme.

Viejos chismosos es lo que son, que no hay que subir al monte porque por allá arriba violan mujeres y roban chinos.

Que detrás de las montañas se están matando godos y cachiporros y que, por eso, los del pueblo de los aburridos se están trasteando pa' este lado.

Que las que nos la pasamos monte arriba sacrificamos niños, que tenemos pacto con el diablo, que la leña es pa' esconder los huesos que usamos en los brebajes, que a las vírgenes las damos en sacrificio.

Le faltó que en la noche nos convertimos en pájaros y que a esas cosas se llega por falta de temor de Dios.

Que en la noche nos volvemos pájaros y que a esas cosas se llega por falta de temor de Dios.

Ahí está.

Como si nuestros rosarios no valieran lo mismo que los de los otros, como si el cura nunca nos hubiera visto en misa, pero es que hasta el cura...

Hasta el cura empezó a prevenir a la gente...

...con eso de que no hay que creer en brujas, pero de que las hay las hay.

De que las hay las hay.

No puedo ver a Madre detrás de la humareda, pero puedo imaginarla. Paso tanto tiempo con ella que anticipo las caras que va poniendo al pronunciar cada palabra. Esa es mi labor en esta casa, escuchar a Madre, escucharla en silencio, mientras afirmo con la cabeza para que no crea que no la estoy escuchando. Escucharla con paciencia y seguirla escuchando, una y otra vez. Esa es mi tarea, y bien que la hago.

Entre la prohibición del monte y las chicherías cerradas, nos tienen jodidas.

El humo de la leña verde y húmeda la hace toser, pero ni el humo, ni la tos, ni el afán, ni la rabia, van a hacer que Madre se calle. A Madre nada la calla.

Dicen las malas lenguas, y la mía repite, que la vez pasada llegaron de noche al retén de rosas, sacaron a todo el mundo a golpes, les rompieron toitico, hasta los barriles de las lavazas. Las malas lenguas dicen que había sido por una pelea, que dizque habían encontrado a un corbipelado con la mujer del vecino y que, escapando pa' no dejarse matar, se había metido a esconderse en la chichería, pero que hasta allá había llegado el cornudo y que se había formado una gazapera de padre y señor nuestro. Que por eso había llegado el alcalde malnacido con un par de perros policías, y que con el discurso de que la chicha nos tiene empendejados y que la violencia es por la jartadera de chicha les habían cerrado el chuzo.

Y siempre repite. Repite más que lora vieja.

¿Cómo la ve, miña? Ahora sí nos llegó el tan mentado progreso.

Cuando el progreso llegó al pueblo, también le llegó el cansancio en las corvas a Madre y se le pronunciaron las venas varice. Por donde le llegaron los años, que no son tantos, pero que están curtidos por el trabajo diario, también le llegó la repetidera. Repite y repite lo mismo cada día, parece que estuviera rezando, pero a punta de groserías. A las otras les da risa ese afán por contarnos lo mismo, una y otra vez, como si hubiera olvidado que acababa de contarlo o como si quisiera dejárnoslo bien sembrado en la cabeza, como una mata de memoria. A las otras les da risa, pero se la aguantan, porque de Madre nadie se burla.

En cambio, desde que yo empecé a tartamudear, las otras no han dejado de burlarse. Madre ha intentado corregirme el arranque de voz por todos los medios, pero no lo ha logrado. Una vecina me trajo sobrados de sopa de pan de la que le dan al loro y, aunque rico y todo, no me destrabó

la habladera. Otra dijo que me untara manteca de marrano en el paladar para que, limpiándome con la lengua, pudiera desenredarla y nada. También me dieron caldo de suro, brebaje de arrancadera, agua bendita de la capilla de Bojacá, una docena de jueteras, quizás más, pero este nudo que tengo en la lengua no logra desenredarse.

Quién iba a imaginar que después iban a ir por la chichería de María ¡Pobre María! Hicieron correr el chisme de que, entre los toneles de chicha, habían encontrado ratas muertas. Fue la segunda chichería cerrada. Se notaba que el viejo alcalde estaba bien asesorado, pues en este pueblo pega más fuerte el chisme que el bolillo.

Miro a Madre mientras habla. La miro pelearle a las ollas, partir la leña, soplar con todas sus fuerzas, avivar el fuego con su delantal y, mientras la miro, pienso en todo lo que le ha tocado hacer pa' sacarnos adelante y en el garbo que mantiene desde que era joven y arrancó con el negocio, cuando nosotras éramos apenas unas chinitas.

No dejaron pasar ni un mes cuando ya estaban cerrando la despensa de los Parra, apenas la semana pasada. Aprovecharon que los vecinos sin oficio dieron quejas de que los borrachos se meaban en las puertas y acabaron con otra. Tres de cuatro. ¡Qué jijueperras!

Otra cosa que no ha perdido Madre, además del garbo, es la terquedad. De otra hubiera dejado de intentar prender la hoguera con esa leña tan verde pero, ahí está Madre, alegando, repitiendo la cantaleta y sacándole candela hasta el peor pedazo de palo.

Seguimos nosotras, pero sabremos dar la pelea. No nos va a quedar grande nada. Si pudimos prender el fogón con estos pedazos de leña que estaban más mojados que calzón de enamorada y más verdes que el viejo verde del alcalde, podemos hacer lo que nos venga en gana. Y lo que nos venga en gana es lo que vamos a hacer.

Yo sé que es cierto, que Madre siempre se sale con la suya, que no deja que nadie se meta con ella, ni con ninguna de nosotras, que está dispuesta a cualquier cosa, y cualquier cosa es cualquier cosa. Me tranquiliza saber que nos protege, y también me da miedo porque conozco sus alcances. De Madre hay muchas cosas que no puedo esperar. Por ejemplo, yo a Madre nunca la he escuchado decirme que me ama y nunca me ha dado un abrazo pero, eso sí, estoy segura de que Madre no va a dejar que nos dejen en la calle o que nos muramos de hambre.

Deje de chillar, aléjese del humo y termine de picar la cebolla en otro lado, y cuidadito con no ir a picarla como le he enseñado. Bien finitica desde la raíz hasta donde empieza el penacho. Nada de ir a picar la cola o si no se nos amarga esta mierda.

A Madre nunca la he visto llorar, ni cuando pica la cebolla, pero yo sé que Madre sufre, como ahora, que por cada grosería suelta un suspiro y en ese suspiro libera todo el dolor que esconde.

Apúrele pues que no tengo todo el día y la calabaza ya está terminando de sancocharse. Muévale pues que hartas veces le he enseñado que no hay tamal bueno que no esté repleto de cebolla. Ahí está el secreto de un buen tamal, en la cebolla y en el tiempo de cocción.

Yo pienso que el amor de Madre está en su forma de cocinar, porque no hay plato que le quede feo, aunque sea una sopa de menudencias. También creo que hay amor en esos secretos que me enseña para ser la mejor en la cocina, eso es lo que creo.

Páseme los penachos que esos van pa' la olla de las papas. Cada cosa en su lugar, y yo pondré en su lugar al alcalde ese. Es verdad que no sé de higienes ni de ciencias, allá los que saben de esas vainas, pero pa' mí que ese discurso de que la chicha nos vuelve brutos me huele como a que nos quieren joder a los que ya estamos jodidos. ¡Qué hijuepuercas pa' envidiosos! Les arde el culo si nos ven jartos de felicidad.

Le quieren ver a una la cara de atembada. Creerán que soy una boba como usted, pero yo de boba no tengo ni un pelo. Esta vez, como siempre, me voy a salir con la mía. De ese viejo malnacido me encargo yo.

Ya me lo imagino pensando que lo nuestro no es trabajo honesto. Me lo imagino con la cabeza llena de cucarachas, escuchando los chismes del cura y de las viejas camanduleras que, por cada rosario, se inventan cualquier vaina pa' quitarle a una el poquito de dignidad que le queda.

Madre cree que soy boba, pero yo sé de lo que está hablando, sé que es lo que dicen en el pueblo. Lo sé porque a mí misma me lo han gritado. Lo sé porque más de una vez me han querido mandar la mano.

Ah, malaya, un par de presas más grandes, pero es tiempo de gallinas flacas. Será tamal con las presas que hay. Lo importante es que sepa bueno y en eso soy la mejor, ¿o no, hija?

Sí, Madre, quisiera decirle, pero Madre no necesita que le responda porque ella ya sabe la respuesta.

No en vano me he quemado las uñas cocinando toda la vida, pa' que las cosas me sepan a bueno y pa' que nadie se queje. Y el que se queje que se muerda la lengua por mentiroso.

Hablando de mentirosos: las viejas del costurero y el padre señorito, ¡qué hijuepuercas pa' chismosos!

Otra vez el mismo cuento.

Esas viejas lengüilargas pensarán que una no se da cuenta de que después de pasar con la beneficencia se van calle abajo, barriendo el piso con la lengua. Pa' lo mucho que dan, un pan tieso y bienestarina.

Ay, hija, si supiera que a mí me han montado amoríos con cuanto arremuesque pase por el frente de esta casa.

Claro que sé lo que dicen y claro que conozco esa rabia en los ojos de Madre, es la misma rabia que le dio el día que se enteró de que le decían la báscula. Ese día Madre estaba tan retorcida de rabia que dejó quemar el arroz del almuerzo. Una cocinera como ella dejando quemar el arroz. Pero nadie chistó nada ese día, de almuerzo nos tomamos la sopa, y la ollada de arroz quemado se la echaron a las gallinas.

Hasta ganas me dan de terminar el tamal con el pellejo de esas viejas en cambio de chicharrón. Me imagino arrancándoles las mechas como si fueran plumas. Me las imagino cacareando en el suelo y dando vueltas, intentando pedir auxilio, mientras yo les estiro el pescuezo y les grito, ahora sí quién es la báscula gran hijueputas, quien es la que se sabe el peso de todos los hombres del pueblo porque todo el mundo la monta, quien malparidas lengüilargas, su madre gran hijueperras. Pero eso nunca va a pasar. Primero muerta antes que cocinar un plato desabrido, y esas viejas deben tener ese pellejo más seco que mis patas.

Ayúdeme a bajar esta olla antes de que se termine de secar el caldo y se me queme la carne. Usted sabe que la carne pa' los tamales debe estar fresquitica o, si no, no sirve.

Me sé de memoria cómo debo cocinar la carne, sé que no debo golpearla pa' ablandarla ni echarla de una a la olla. Sé que eso solo la deja sin jugos y la pone desabrida. Sé, también, que lo mejor es pasarla por el fogón por un par de minutos, y luego sí ponerla a hervir con un buen

guiso. Sé que Madre está nerviosa, porque nunca antes la había visto tan distraída y a la vez tan concentrada en algo. Algo se trae entre manos.

¡Ay, Dios! Si esas viejas chismosas tuvieran la mitad de oficio que yo, no tendrían tiempo de estar inventando apodos ni chismes. Si aprendieran a cocinar, a ser más queridas con sus maridos, se ahorrarían las rabietas de estar esperándolos en la casa mientras ellos buscan con nosotras lo que por allá les han negado... aunque, pensándolo bien, mejor que sigan de lambonas bajo las enaguas del cura o si no nos quedamos sin clientes. Y sin clientela no hay venta, sin venta no hay negocio, y sin negocio yo no sabría que más hacer. Mi vida siempre ha sido esto: cocinar y servir chicha.

Ahí donde la ven, el peor miedo de Madre es terminar sirviéndole a un marido o limpiando casas ajenas. Eso no es vida pa' una mujer que está acostumbrada a mandar, aunque mande mal. Madre podrá ser cualquier cosa pero, eso sí, sabe poner en su sitio al que se las quiera dar de vivo. En la chichería acostumbró a los clientes a ser obedientes y mansitos para que se porten bien con las muchachas. Si aparece un manilargo, le voltea el mascadero. Yo sé que así son las vainas con ella, aunque también sé que no falta el lengüilargo que sale a la calle a decir cualquier barrabasada y a barrer el suelo con nuestra reputación, porque de re putas no nos bajan.

Qué le vamos a hacer, así son los hombres. Lo que no pueden hacer se lo inventan y después dicen que nosotras somos las chismosas.

A veces parece que Madre me adivinara el pensamiento, pero siempre es con ella misma con quien está hablando.

Por eso es que hoy mi cocinada es pa'l alcalde. Pa' demostrarle que estamos dispuestas a dar la pelea, sin importar a qué precio. Traiga las hojas de chisgua que están al lado de la de cicuta.

Esta calabaza ya está, apenas pa' preparar la masa, mientras las otras ollas zapatean. Si me apuro podré salir antes del mediodía. Un bocadito de tamal pa'l señor salchichón y sabrá lo que es bueno.

Con la tartamudez aprendí a callar, pero también aprendí a leer y a escribir para evitar los rechazos. Por eso es que Madre me mandó a escribir, con este pedazo de tizne y en esta tabla, un letrero de SE LAVAN ROPAS.

Muy leída y todo, pero usted es pura atembada. Si no es porque la quiero tanto ya le hubiera puesto angarillas. Claro que no me voy a poner a lavar ropas, ve que no doy abasto con la cocinada, con la chichería y con la lavaza pa' los marranos. Usted escriba el letrero y ya, cuando empiecen a sonar las campanas no pregunte quién se murió sino rece.

Ay, mi soroca, como si yo no supiera lo que hago, como si no supiera que la orden ya está dada. El Gerardo me dijo que era cuestión de que el alcalde pasara por la comisaría para venir a acabar con todo, si no es que yo me le adelanto.

A estas muchachitas les falta toda una vida para aprender que cuando una está prendiendo el fogón es porque ya tiene lista la olla que va a montar. Yo no nací ayer. Esta, como todas, la vamos a ganar.

A mí me da miedo cuando a Madre se le mete una idea a la cabeza porque no hay poder humano que se la quite.

Mientras Madre termina el tamal, las otras están empacando chicha en botellas de leche.

Vayan pues y repartan esas botellas entre los clientes más fieles. Por la plata no se preocupen que yo me encargo de no dejarlos olvidar. Eso sí, que no dejen de volver con la botella vacía que aquí hay más y si no, se les hace.

Por esas cosas que me preocupan, siempre vuelven. Los hombres siempre quieren más, y acá sabemos darles el gusto que les niegan en la casa. Si supieran las señoras que esos maridos suyos, los machos más machos, los señores más señores, cuando llegan a nuestras mesas se vuelven unos chinos chicos, hasta se dejan llevar la totuma a la jeta.

Yo quisiera no ser la elegida y poder estar con ellas repartiendo chicha clandestina, o con las otras muchachas escondiendo en el monte los toneles y arrumando los moyos entre los matorrales de la bocatoma. Preferiría, incluso, estar limpiando la casa pa' quitarle el olor a miasos de borracho, todo con no estar acá escuchándola una y otra vez decir lo mismo y viéndola cocinar con esa rabia que da miedo.

Bien lavado en las esquinas porque, eso sí, pa' cochinos ellos. Parecen perros marcando territorio, pero se equivocan, porque acá nadie tiene dueño.

Pero aquí estoy, condenada al rabo de Madre, escuchándola ordenar mientras pica, viéndola pelar mientras piensa, oyéndola gritar mientras va revolviendo y obediéndola mientras voy desgranando.

¡Viejo mañoso! Solo con verlo se le nota que es un viejo verde, que anda con el pecado en la mirada. Se nota que en la casa no lo quieren ni poquito. Pero es que, ¿quién va a poder querer a un viejo tan jediondo de feo como ese? Esa jeta parece que se le fuera a explotar de lo morada que la tiene, y esa piel toda grasosa y llena de huecos. ¡Uish! Pa' rematar tiene más barriga que un tonel de chicha. Eso es, debe oler a chicha o a puro calzón de loca. ¡Ampárame, Señor!

Mientras la escucho pienso en el par de veces en que me he cruzado con el alcalde. Lo he visto mirándome la entrepierna y, al mirarlo, es fácil imaginármelo deseando lo que llevo debajo del delantal.

De ese viejo horrible no me la voy a dejar ganar. Conmigo no puede ni el mismísimo diablo. ¡Benditas almas, protéjanme por estar diciendo tantas burradas! En lugar de estar invocando al patas, mejor y bajo esta olla que ya está lista. Ayúdeme, hija.

Las campanadas de las once. ¡Virgen santísima, el tiempo se pasó volando! No puedo dejar que me coja la tarde.

Da risa como Madre se persigna y maldice al tiempo, le conozco las contradicciones y aun así no dejan de darme risa. Luego me acuerdo que la risa no cabe en esta casa, entonces me río pa' dentro, así como hablo pa' dentro y todo me lo voy tragando.

Cuando me enteré que en el pueblo le decían a la chichería “la casa de las runchas” me puse a insultar en medio de la plaza. Hiiiiiiiiii ju jue pu pu tas, la lengua me hacía repetir las groserías a plazos. Que nos traten de putas, vaya y venga, pero que se nos burlen por vivir arrumadas junto a Madre y al resto de las muchachas, eso no tiene perdón de Dios. Podremos vivir todas arrumadas en un cuarto, pero somos decentes. Este pedacito de cuarto y esta madre que quiere con el juguete en la mano es el único hogar que he conocido, y todas estamos dispuestas a defenderlo por encima de cualquier cosa.

Que sea lo que Dios quiera y que este tamal funcione, o si no esta misma noche vamos a estar de paticas en la calle.

Le voy a decir una de las cosas, hija, a nosotras no nos van a acabar, ni nos van a desaparecer, no señor. No somos runchas, pero esta sí es nuestra madriguera, y mucho trabajo nos ha costado levantar el rancho como para que ahora vengan a acabar con él. Ellos podrán mandar en sus alcaldías y en sus iglesias, podrán saber mucho de ciencias y de leyes, pero en esta casa soy yo la que pone las reglas. Los chismosos se quedarán con las ganas de desgraciarnos. A

las misias del costurero les faltará imaginación para explicar lo sucedido, y sus esposos no van a parar de sacar excusas para cargar ellos mismos el canasto de la ropa y venir a que les almidonen las camisas, para tomarse su botellita.

Cúideme la olla mientras voy y me arreglo. En esa oficina les va a quedar de pa' arriba para reconocirme.

Mientras Madre va a cambiarse de ropa, la espero batiendo las ollas y alistando todo para el amarre del tamal. La espero a ella y espero que su determinación no nos vaya a meter en problemas.

Todas las que vivimos en esta casa llegamos porque fuimos echadas de otros lugares, no tuvimos padres y, si los tuvimos, no queremos acordarnos. Nos quitaron todo y aun así no nos acostumbramos a perder.

¿Qué tanto me ve?, ¿me le parecí o soy la misma?, despabile, hija. Alcánceme el cuchillo de destajar marranos.

Al volver, Madre es otra. Trae puesto el traje de su padre, el que había guardado por tantos años, bajo llave, en el armario. El que lava cada quince días con limón y protege con alcanfor. El único anclaje a ese pasado suyo que nos mantiene en misterio.

Me mira con desaprobación por mi cara de angustia y se abre campo en el mesón.

La vida es de los que saben dar el primer paso. Nada de esto lo he conseguido esperando sentada con los brazos cruzados y nada de esto se va a perder mientras me quede vida para lucharlo.

Habla mientras se mira en el cuchillo que le pasé, el más grande y el más filoso que tenemos en la cocina. Habla mientras lo afila un poco más contra el borde del lavadero y, con la huella del dedo gordo, revisa cuidadosamente el filo. Una pequeña gota de sangre alcanza a asomarse entre las hendiduras de la huella dactilar. En sus ojos hay un brillo que desconozco y que le desfigura el rostro. No creo que Madre sea mala, pero tiene cara de serlo.

Al que está quieto se le deja quieto. Eso le voy a decir al alcalde, eso y nada más. Lo mío no son las palabras.

Yo quiero soltar la lengua, decir algo, quiero avisarles a las otras, detener a Madre, pero a Madre no hay quien la detenga. Madre es una avalancha dispuesta a llevarse el pueblo por delante para volver a refundarlo.

Toda ella es una determinación arrasadora: su mirada, su aliento, sus manos sosteniendo el cuchillo y levantándolo hacia ella misma. El movimiento firme con el que se corta un mechón de cabello, con el que saca el tamal de la olla, con el que bota el agua lejos, la fuerza con la que rompe la cabuya con la que había amarrado el tamal antes del hervor, y ese misterio con el que lo vuelve a amarrar con el mechón de cabello que se acaba de cortar, mientras dice entre dientes lo que parece ser una oración o un conjuro.

...ataduras de la vida... luz de luna con tu fuerza... la manada nos espera... dar la vida y dar la muerte... una sombra en la oscuridad...

Agudizo el oído pero no entiendo nada. Quiero acercarme pero mis piernas no responden. La miro hasta que llega el silencio, la miro mirarme y veo como sonrío.

Sí, sonrío. Siempre soñé con ver la primera sonrisa de Madre y con ser la única testigo. Lo que nunca me imaginé es que iba a tener tanto miedo, que su sonrisa estaría cubierta por esa sombra

que desconozco. Tengo miedo. No quiero que mi silencio me haga cómplice de esa determinación de Madre, quien siempre se sale con la suya.

Pppe pe pe ro... Quiero decir algo, hacer algo.

Pero nada hija, pero nada. Los hombres podrán seguir haciendo lo que quieran allá afuera, pero en esta casa la que manda soy yo. Creyeron que por ser mujer me iba a dejar desgraciar como si nada, pues bueno, acá tienen uno igual a ellos dispuesto a dar la pelea por lo suyo. Alguien debe enseñarles a ponerse bien esos pantalones y esa soy yo, nadie más que yo.

Mientras Madre empaca el cuchillo y el tamal en un canasto, siento un chorro caliente rodar por entre mis piernas. No quiero moverme. No dejo de mirar a Madre, incluso mientras afana el paso y sale sin despedirse.

Entre la humareda y el olor a cebolla, me siento al lado de las otras y la sentimos alejarse sin creer lo que estamos viendo.

Esta casa, acostumbrada a los cuchicheos, rezos, insultos y burlas, quedó habitada por un silencio sepulcral que, de repente, vino para instalarse entre nosotras. Ninguna sabe qué hacer con tanto silencio. Nos sentimos desorientadas. Ninguna se mueve, ninguna respira muy alto, ninguna se mira con ninguna otra.

El repicar de las campanas de la misa de mediodía y un par de perros que aúllan cerca interrumpen este silencio insoportable y, entonces, somos conscientes de la ausencia de Madre.

Cu cu cuando las campppanas sssuenen no pre pregunte qquiién sse mu murió sino rrrrerece.



ΣΥ ΑΖΟΤΑΔΟ

EL DÍA DE LA CRUZ

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

El abuelo estaba afeitándose el pescuezo frente al espejo que estaba colgado en una de las columnas del patio de la casa, cuando el teléfono de disco, el único que para aquella época había en el pueblo, empezó a sonar. El abuelo contestó, cruzó un par de palabras con quien sabe quién al otro lado del teléfono, dejó a un lado la bocina y se fue corriendo.

Cuando la abuela salió de la cocina secándose las manos con el delantal de flores, el abuelo ya estaba montado en el Ford 50 cogiendo camino.

—Jesús lo ampare y lo favorezca de todo mal y peligro – pidió la abuela en voz alta, mientras se hacía la señal de la cruz sobre la frente, la boca y el pecho.

– Amén— respondí yo, que era la única que quedaba en la casa con ella. La abuela volvió a la cocina murmurando rezos y espantando las malas suertes y yo seguí con mi bordado punto de cruz.

El abuelo siempre estaba afuera, si no en el billar, entonces en la tienda de don Gerardino tomando tinto con sus amigos. Así había sido desde que tengo memoria: el abuelo conquistando la calle, conquistando en la calle, y la abuela ordenando la casa, ordenando en la casa. Pero también era cierto que el abuelo nunca salía sin despedirse y mucho menos a medio afeitarse. Si algo tenía el abuelo, además de ser malgeniado, terco y mujeriego, es que era un viejo vanidoso, o, mejor dicho, por ser mujeriego es que era tan vanidoso.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

Había pasado una hora desde que el abuelo había recibido la llamada y a mi abuela la preocupación se le había convertido en una rezadera entre dientes mientras alistaba las ollas. Sin embargo, y porque las costumbres pesan más que la conciencia en esta casa, la abuela y yo seguimos vistiendo la cruz de mayo, como cada año.

Armamos la estructura con pedazos de palo de escoba y la envolvimos con el laurel que, con mi abuelo, habíamos bajado del monte. Nos aseguramos de que quedara bien tupida. Mi abuela decía que de esa manera nos aseguraríamos de que todos en la familia tuvieran vestido durante todo el año. También le pusimos una bolsita de tela rellena con lentejas, maíz, trigo, y otros granos. Así, decía la abuela, nos aseguraríamos de que no faltara la comida en la mesa.

La mejor parte fue cuando, además de la bolsita, la abuela me dejó ponerle a la cruz florecitas de colores, arrancadas de las matas que tenía sembradas por todo el patio. Yo quería asegurarme de que nuestra cruz fuera la más bonita de todas las que llevarían a bendecir a la iglesia.

Con el laurel seco, que sobró de la cruz del año pasado, hicimos un incienso porque mi abuela jamás botaba a la basura algo que estuviera bendito. Rezamos por el descanso de todas las almas y por el pronto regreso del tío Toñito que, desde hacía dos noches, no aparecía por la casa. Era raro que Toñito no hubiera vuelto. Desde que trabajaba en Bogotá prefería tener que aguantar el viaje todos los días y regresarse en el último bus que salía del centro, antes que quedarse en una ciudad que tanto le gustaba pero que no la hacía suya. También era raro que el laurel envuelto en llamas no empezara a botar humo, sino un olor fuerte que nos hizo retroceder tosiendo. Echándose bendiciones y gritando avemarías purísimas, mi abuela corrió en busca de

una botella con agua bendita para apagar la hierba, que luego enterraríamos junto al árbol de feijoa.

La casa quedó oliendo a azufre, como cuando el diablo anda rondando.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

—Mientras retiro las ollas del fogón, vaya a lavarse las manos y póngase un saco que nos vamos a misa a mandar bendecir la cruz —ordenó la abuela desde la cocina. Sin necesidad de alzar la voz, sin necesidad de regaños, la abuela ordenaba y yo obedecía. Siempre todos obedecíamos porque sabíamos que a la abuela había que hacerle caso.

Unos minutos antes de salir, llegó la tía Judith con la cantina de la leche en la mano preguntando por Toñito. La tía Judith, la mayor de la casa, la más terca de todas, había heredado este rasgo del abuelo y era rebelde como sí sola. Se había casado a los 15 años y mi abuela decía que solo lo había hecho para llevarles la contraria. Yo siempre creí que para ella el matrimonio era un juego en el que siempre tenía las de ganar, porque ella era la que ponía las reglas o, por lo menos, eso era lo que le hacía entender a Toñito quien, a los 33 años, seguía soltero y aguantándose los comentarios quisquillosos de la gente y la presión de sus hermanas que querían verlo casado y con hijos para que salieran tan guapos como él.

—¿A usted no le da pena venir a esta hora por la leche? —respondió la abuela, evadiendo la pregunta. Así era la abuela, como las mirlas, yéndose por las ramas. —Quién sabe qué le daría de desayunar a esos chinitos, todo por la pereza de madrugar y no venir más temprano—. La abuela seguía regañando a la tía Judith mientras se apuntaba los aretes frente al espejo.

—Mire Judith, no se gane problemas con ese hombre. Aprenda a ser una mujer hacendosa, no hay nada peor que una mujer que no sabe cuidar de su marido, que no está pendiente de su hogar. Si su marido le dio permiso de trabajar pues hágalo, siga con sus tejidos y gánese sus pesitos, ante esta situación hay que hacerle la trampa al centavo pero, por Dios santo, no deje tiradas las tareas del hogar.

La abuela le hablaba a la tía, pero también se hablaba a ella misma a través del espejo. Sus palabras llevaban el peso de los años. Había aceptado su papel de madre y de mujer ideal, mucho antes de que mi abuelo pidiera su mano. Desde niña había comprendido que su lugar estaba al lado de la estufa y al frente de las cosas de la familia. Mientras que sus hermanos salían a jugar al monte o a trabajar con los obreros, ella tenía que quedarse desgranando arvejas y lavando ropa. No aprendió a leer ni escribir, pero siempre fue la mejor almidonando los cuellos de las camisas, fermentando la masa para la mazamorra y remendando las medias. Por eso no desaprovechaba cualquier oportunidad para recordarle a su hija sus funciones como ama de casa.

Aunque los regaños eran los mismos de siempre, esta vez la mirada de la abuela estaba perdida en el espejo, en la cantina, en mis trenzas, en el teléfono que había quedado descolgado desde esta mañana cuando el abuelo salió corriendo. Por esto la tía Judith notó su preocupación y, lejos de responderle como siempre, con tres piedras en la mano, atinó a decirle que sí, que estaba bien, que se le había pasado el tiempo haciendo oficio y que le había costado levantarse de la cama porque la noche anterior no había podido dormir tranquila. Los perros no habían dejado de aullar.

—El diablo debe andar suelto —dijo la abuela mientras se persignaba—. Los perros no aúllan con tanta insistencia a menos de que el diablo o la muerte estén rondando.

Era la segunda vez en la mañana que mi abuela nombraba al patas. Un escalofrió me corrió desde las corvas hasta la nuca.

—Jesús mío, ampáranos de todo mal y peligro —pidió la abuela en voz alta.

—Amén —respondimos a coro con mi tía.

Antes de salir de casa, la abuela tuvo que devolverse por la mantilla. La tía Judith aprovechó para susurrarme al oído que cuidara a la vieja y que no la fuera a dejar sola. Como si alguna vez yo la hubiera dejado sola. Como si tuviera opción. Ser la nieta mayor y tener una madre loca me había condenado a permanecer todo el tiempo en casa de la abuela, sosteniéndole la lana mientras ella tejía, desgranando las arvejas para el almuerzo, partiendo carbón para prender la estufa, acompañándola a hacer los mandados y las visitas.

Cuando salimos a la calle volteé a mirar hacia la casa. A nuestras espaldas quedaban esas paredes descoloridas por el polvo del camino y mi tía Judith, asomada en la ventana que daba a la calle, estaba riendo. O llorando.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

—A mí no me importa que su abuelo se vaya sin despedirse, igual siempre vuelve —decía la abuela camino a la iglesia. No supe descifrar si en su rostro se dibujaba una mueca de resignación o si la preocupación la estaba deformando —. Pero si han pasado tres días sin que el hijo de una haya llegado a casa, ni haya llamado y sin que sepamos nada de él, ampáranos señor Dios nuestro, lo mínimo que debe hacer es decir para dónde va y no dejarla a una con el credo en la boca.

—Ojalá no sea nada grave —repetía la abuela—. En estos tiempos los muchachos corren muchos riesgos y más en esa ciudad tan grande y peligrosa en donde nadie conoce a nadie, en donde todos son sospechosos.

La abuela iba hablando en voz alta, pero no conmigo, sino con ella misma. Caminaba al ritmo de la preocupación, llevándome al trote para no perderle el paso. De vez en cuando, se acordaba de que íbamos juntas. Entonces volteaba a decirme lo que yo ya sabía.

—Su tío Toñito siempre ha sido un muchacho bueno, un soñador, un idealista y, sobre todo, una buena persona. No sé por qué todavía no ha conseguido una mujer que lo haga feliz.

Yo no creía que mi tío necesitara una mujer para ser feliz. Yo estaba convencida de que ya lo era. Tampoco creía que fuera eso lo que él quería. Nunca lo escuché hablar de novias ni de matrimonios. Pero a la abuela no podía contradecirla y yo no podía hacer más que escuchar y callar. Ser el bastón de mi abuela implicaba eso: escuchar en silencio y asentir con la cabeza. Se necesitaba soportar con paciencia y, sobre todo, con mucho silencio. Contestarle a la abuela o cuestionarla tenía un precio muy grande y yo no quería repetir la historia de mi madre.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios

—Los que traen sus cruces para bendecirlas, los invito a que se sienten en las bancas de adelante

—anunció el padre al terminar la misa—. Recemos juntos para alejar las desgracias y las

tentaciones del demonio, y para pedir por todos aquellos que viven de afán y no pueden dedicarle una horita más a nuestro señor Jesús.

El sarcasmo del padre Fernández iba dirigido hacia aquellos que ya iban de salida, para que lo escucharan y se fueran arrepentidos de su osadía o se devolvieran. Las personas del pueblo bien sabíamos que la fórmula del padre era hacer sentir culpable a todo el mundo. Entre más culpa mayores ofrendas a cambio de indulgencias.

Mientras tanto, la abuela permanecía pensativa. Su mirada parecía reflejar las imágenes que en su mente repasaba: la salida afanada del abuelo en la mañana, el teléfono descolgado, la casa oliendo a azufre, el cuarto del tío Toñito sin el Tío Toñito. Seguro pensaba en lo rápido que le gustaba al abuelo conducir por esas calles tan peligrosas y llenas de curvas, en que del afán no queda sino el cansancio, en que Toñito, tan bueno, no hubiera llegado en esas dos estas noches, que, para ser Toñito, eran una eternidad, en que no se haya comunicado, en los peligros de la ciudad, en que el diablo anda suelto. ¡Ay, Jesús!

—Señor, Dios nuestro, único y verdadero, que todo lo sabe y lo puede, te ofrecemos estas cruces y estos rosarios como símbolo de nuestra fe y como renuncia a todos los pecados y placeres mundanos que condenan el alma a las llamas eternas del purgatorio. Te ofrecemos, oh Señor, nuestra vida y también la hora de nuestra muerte, así como tú nos entregaste a Jesús, tu hijo amado, sacrificado en la cruz para salvar todas nuestras culpas.

Detrás del cura, el altar de la iglesia estaba recubierto de polvo de oro y custodiaba a un Jesús crucificado. Coronado de espinas y sangrando en el costado derecho, un soldado penetraba sus costillas desnudas con una lanza plateada que abría la piel para que escurriera sangre y agua. Al lado izquierdo, la imagen de la Virgen de la Dolorosa aparecía arrodillada vestida de terciopelo

negro y con bordados de hilos de plata. Un corazón espinoso clavado por siete puñales sobresalía del pecho y, en una de las mejillas, una lagrima se escapaba de los ojos sufrientes y suplicantes que miraban a su hijo clavado en la cruz. Junto al altar, un par de arreglos florales, el cirio pascual, el cura rezando y, al frente, nosotras con nuestros pensamientos y el resto del pueblo.

—Los peligros del maligno acechan— decía el Padre Fernández, mientras mi abuela sufría por no saber en dónde estaba su hijo, pero también porque el orden que tanto le había costado mantener en su hogar se estaba desboronando —. Y la carne es débil ante las tentaciones.

Por la mejilla de mi abuela también rodó una lagrima, pero ella la limpió con afán antes de que alguien la pudiera ver.

—Como muestra de nuestro amor ciego y nuestra fe encendida, señor Dios nuestro y verdadero, tú que todo lo sabes lo puedes y lo ves, te pedimos que recibas esta oración que te ofrecemos con humildad y amor: En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces:

—Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús

Con camándula en mano, el padre repetía el mismo estribillo en la cuenta de cada misterio y todos respondíamos los diez jesuses correspondientes. Así con cada uno de los cinco misterios hasta completar cincuenta. Por cada vuelta del rosario, el padre corría una de las veinte pepitas de una especie de ábaco que tenía sobre el altar, para asegurarse de que al final hubiéramos rezado los mil jesuses que, rezados el día de la cruz, alejarían las desgracias y asegurarían la protección en el momento de la muerte.

Si estuviéramos en la casa, la abuela haría de pregonera, y los que estuviésemos con ella estaríamos respondiendo a coro. En lugar de ábaco, habría veinte frijoles. La abuela estaría pendiente de las cuentas del rosario, de correr los frijoles, de que mamá no cayera dormida, de que Tía Judith no terminara diciendo sus, sus, sus, sus en lugar de Jesús y de que tío Toñito estuviera cómodo y a gusto. En cambio, en la iglesia, la mirada de la abuela permanecía perdida en el mosaico del piso y, cada tanto, dejaba escapar un suspiro. Un par de veces se arrimó a recordarme que pidiera en la mente, mientras rezaba, por el abuelo y por el tío Toñito.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

Entre tantos jesuses, yo no dejaba de pensar en el tío Toñito. Era el único de la familia que había heredado los ojos claros del abuelo y, en el último año, desde que había empezado a trabajar en la capital, se había dejado crecer el cabello sobre los hombros. El abuelo le decía que parecía un marica, que los hombres de verdad tenían el cabello corto y los pantalones bien puestos, pero él hacía caso omiso y lucía su melena con orgullo. Para quitarse de encima la cantaleta del abuelo le regalaba un par de cajetillas de cigarrillos y le ayudaba a afilar la cuchilla de afeitarse.

A mí me parecía que se veía como los muchachos del grupo Menudo y a mis amigas también. Por eso siempre elegían mi casa para hacer los trabajos en grupo. Mi abuela solía decir que se imaginaba a las chinas corriendo detrás de él porque “pa’ qué, pero está bien guapo”. Pero la verdad es que, pensándolo bien, yo solo le conocía un amigo, Jesús, con el que hablaba por teléfono los fines de semana, mientras los abuelos tomaban la siesta.

La primera vez que supe de ese amigo, me lo imaginé como el Jesús de la iglesia, el Jesús clavado, crucificado en el altar, que moría y resucitaba después de tres días cada año en Semana Santa. El que pastoreaba ovejas y andaba con el corazón ardiendo y chorreante.

Me gustaba imaginarlo así, hasta que un día descubrí una foto de mi tío y de su amigo. En la foto aparecían caminando por una calle de Bogotá transitada por carros y buses. Alrededor de la calle se levantaban una mezcla de edificios que yo solo había visto en la televisión. Llevaban pantalones bota campana de tiro alto y, por debajo, se asomaban unas plataformas. Mi tío lucía un buzo manga larga con un par de rayas atravesadas sobre el pecho, y su amigo una camisa y saco de dril encima. Mi tío parecía venir dos pasos adelante, con el cabello más ondulado que de costumbre. Su amigo, con barba poblada y el cabello casi llegándole a la cintura, como el de mi madre, liso, oscuro y peinado sobre el pecho. En la foto aparecían sonriendo y tomados de la mano.

Quise guardar esta foto hasta que volviera mi tío, abrazarlo y despeinarle la melena. Estaba feliz por él, por escaparse de las normas de esta casa de obedientes o de locas, lo amaba por no ser el tío bueno y ejemplar que creía mi abuela. Pero no lo hice, guardé la foto y respeté que quisiera mantener su secreto.

En ocasiones me gustaba cantar la canción de misa que dice *“Yo tengo un amigo que me ama, su nombre es Jesús. Jesús.”* y volteaba a ver la reacción de tío Toñito, pero pocas veces me prestaba atención porque para él, como para todos, yo solo era una niña, aunque estuviera a punto de cumplir catorce años.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

Faltaban un par de vueltas de rosario, cuando un monaguillo se le acercó al padre para decirle algo al oído. El padre siguió rezando en voz alta, pero esta vez, sin quitarle la mirada a mi abuela mientras que ella trataba de concentrarse, con los ojos cerrados y repitiendo en voz alta: Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús.

—Gloria al padre, gloria al hijo y gloria al Espíritu Santo.

—Como era en un principio ahora y siempre por los siglos de los siglos.

—Amén

—Dios y la Virgen los guarde, los proteja y los bendiga.

—Amén.

—Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios.

En el día de mi muerte Satanás no vencerás, porque en el día de la cruz he de decir mil veces Jesús...

Camino a casa fuimos encontrando a la gente del pueblo cargando su cruz de mayo. Mi abuela, cuando juzgaba a alguien, solía decir que cada quien debía hacerse cargo del peso de su propia cruz. Esto lo decía para referirse a las consecuencias que tiene cada acto y lo decía con especial énfasis cuando creía que alguien estaba actuando como no debía y, por lo tanto, merecía ser castigado. Después de eso finalizaba diciendo, pero quién soy yo para juzgar a nadie.

Al llegar a casa el carro del abuelo estaba parqueado al frente y la puerta estaba abierta de par en par. Mi tía Judith lloraba desconsolada sobre un sillón de la sala mientras, al fondo, en el patio, mi abuelo azotaba a latigazos a Toñito a quien tenía desnudo y amarrado al árbol de feijoas. Mi abuela, al verlo moreteado y escurriendo sangre, intentó detenerlo. Le suplicó de

rodillas que se detuviera, que también era su hijo, que tuviera compasión, que pensara bien las cosas, que qué era eso tan malo que había hecho ese pobre muchacho para merecer tanto dolor, pero fue recibida con un empujón y una sentencia.

—Ni se le ocurra meterse que por su culpa es que este hijueputa nos salió marica— gritó el abuelo acentuando cada silaba con un latigazo.

Mi abuela miró al abuelo y a Toñito tratando de entender lo que pasaba.

Cuando mi abuelo se cansó de dar azotes, le escupió a la abuela toda la verdad. Lo había tenido que sacar de la cárcel porque lo habían encontrado travistiéndose en el centro con un noviecito que se tenía bien guardado.

Jesús, Jesús, Jesús, empecé a gritar por encima de los aullidos de los perros y de los insultos de mi abuelo, pero mi abuela me calló de una bofetada por blasfema. Con la rabia con la que me había dado la cachetada se acercó a Toñito, le levantó la mirada y, en un tono que jamás le había escuchado, le dijo: lo hubiera preferido muerto antes que marica. Y le tiró la cruz de laurel por la cara.